

# TEXTOS Y GLOSAS

## El individuo y la especie

El hombre honrado de Kant no se deja arrebatar su fe en la libertad (que posibilita su vida moral), en la inmortalidad (que le abre un horizonte sin límites para acercarse a la santidad) y el Ser Supremo (cuya omnipotencia puede garantizar allá el enlace, aquí imposible, entre virtud y felicidad completa). Bien puede la razón práctica establecer como postulados la libertad, la inmortalidad y Dios, después del análisis de la tercera antinomia de la razón pura y la solución arbitrada para ella en la Dialéctica trascendental, así como la prueba de que, si bien no pueden demostrarse apodócticamente la existencia de Dios ni del alma inmortal, tampoco puede probarse su inexistencia y sí garantizarse la ausencia de contradicción en los respectivos conceptos y la utilidad para el uso especulativo de la razón de la hipótesis en que se supone su existencia (especialmente la de una Inteligencia infinita, que, como autora de la Naturaleza, anima al científico a descubrir las sofisticadas fórmulas que empleó para su obra).

Desde hace tiempo mantuve que cabe una versión eudemonológica de la argumentación moral kantiana. En esa lectura los postulados de la razón práctica encerrarían, una vez *desbeatificados* (para emplear una expresión orteguiana), los contenidos intencionales de los deseos humanos más profundos. El hombre quiere ser libre, inmortal y poderoso como un dios. Deseos radicales que pueden expresarse como afán de dominio sobre el espacio, el tiempo y la materia, que son las tres rúbricas que circunscriben su vida.

No parece que haya para la especie estrictos límites espaciales ni temporales, y el avance científico y técnico, que ha alcanzado velocidad de progresión geométrica, parece insinuar que no habrá tampoco límites *materiales*, queremos decir: límites para el dominio de las fuerzas de la materia. Lo que lleva a concluir la casi divinidad de la especie, en cuanto que se presenta como omnipresente, con vida perdurable y omnipotente o cuasi omnipotente. Es por lo tanto la especie, y no el individuo, la imagen y semejanza de

Dios por lo que concierne a esos tres atributos de la divinidad. No morir, estar en todas partes y poderlo todo, eso es ser Dios para el hombre.

### DEUS SIVE SPECIES

La especie se comporta con los individuos, que la componen y transmiten, como un dios no providente.

Si puede estar en todas partes, perdurar por los siglos de los siglos y llegar hasta el final en el dominio de las fuerzas, entonces goza la especie los atributos que el individuo desea para él. Los deseos del individuo se cumplen en la especie. Es decir, tiene la especie como atributos los que son deseos del individuo.

Esto nos lleva a la paradójica conclusión de que el hombre quiere ser su propia especie. Unamuno es el que más cerca ha estado de decirlo, cuando hablaba de “serlo todo y para siempre” en el cap. III de su *Del sentimiento trágico de la vida*: “quiero ser yo, y sin dejar de serlo, ser además los otros... extenderme a lo ilimitado del espacio y prolongarme a lo inacabable del tiempo”. Rompiendo así “esta prisión del tiempo y del espacio”, de la que ya hablaba al final de la *Vida de Don Quijote y Sancho*. “Cada conciencia quiere ser ella y ser todas las demás sin dejar de ser ella, quiere ser Dios”, repite hacia el final del cap. IX de *Del sentimiento trágico de la vida*. Pessoa termina la Oda Triunfal de su heterónimo Alvaro de Campos (publicada en abril de 1915) de esta manera: “¡Ah, no ser toda la gente y estar en todas partes!”.

Ser yo con toda la vida de la especie. Con su extensión, su duración y su poderío. Así, resulta que el hombre secretamente quiere ser como los ángeles tomistas, en los que coinciden especie e individuo, porque cada uno de estos agota el contenido de la especie y ésta consta de un solo individuo. Dice Santo Tomás: “Quotquot sunt individua, tot sunt species”.

Pero en el caso del hombre, la especie sobrepasa claramente al individuo. Es más, creo que él no puede sobrepasarla ni en el ámbito del deseo.

Sólo a la especie le son aplicables las entusiastas palabras del Discurso del Pico della Mirandola: “id habere quod optat, id esse quod velit”.

Al principio el individuo hombre viviría, en efecto, como si fuera inmortal, pero a la vez que “se le abrieron los ojos”, se daría cuenta de que “habría de morir”. En cambio, a la especie *entera* es como si no le hubiera alcanzado el pecado.

Todas aquellas filosofías que acuñaron fórmulas del tenor *Deus sive Natura*, o se dejan encerrar en otras parecidas como *Deus sive Historia ...*, y que se instalan en la perspectiva universal que justifica el sacrificio del indi-

viduo o lo aceptan como mal menor, porque a eso se reduce vistas las cosas *sub specie aeternitatis*, no hacen a fin de cuentas más que secularizar en sus peculiares casamientos de la libertad con la necesidad la sumisión y obediencia solicitadas siempre en las distintas formas de la religión tradicional (con el postulado de la providencia y sus designios inescrutables). O esconden otras actitudes místicas, que traicionan a sus autores al no resistir la tentación de suplir el culto antiguo por uno nuevo: *Humanitas sive Deus, Status sive Deus...* Todas ellas, cuya lista es muy amplia, al no soportar la poco consoladora perspectiva individual y concreta, le suplieron por la contemplación de las cosas *sub specie speciei*. Lo que las unifica y cataloga como filosofías exaltadas.

En “Introducción a Don Juan” (1921, VI, 137) termina Ortega preguntándose: “¿No es cierto que la historia toda (por la peregrinación de nuestra especie por el vasto repertorio de los ideales...) bajo cierto sesgo, adopta una actitud donjuanesca?”

Es, ciertamente, el primer texto en el que hemos visto asociados a la especie y a Don Juan, pero aquí como en otras graves cuestiones no coincidimos con el magnífico pensador. Que pudiera decirse que la especie “donjuanea” no debe distraernos de la conversa, que es, según creemos, lo verdaderamente interesante, a saber, que Don Juan “especiea”, si se nos permite expresarnos así. Don Juan quiere para él solo toda la vida actual de la especie. De ahí que vayan juntas la lista de los muertos y la de las mujeres conquistadas.

Bien para nosotros es aquello que, sin eliminar nuestra conciencia individual, apaciguara nuestros anhelos y temores de una vez por todas. Verdadero es lo que existe a prueba de bomba. Y bien, Verum et Bonum convertuntur? Esta es la cuestión. Concedida la providencia sobre la especie, pues desde el estadio finito y semiconsciente primitivo (tal vez un solo individuo) se ha elevado a una entidad cuasi infinita (aunque inconsciente), salta la duda sobre la providencia referida a cada individuo concreto que la merezca. No la pequeña providencia construida a través de las instituciones interpuestas entre el individuo y la especie, tales como la familia, asociaciones varias y el estado mismo, sino la providencia radical sobre el destino. La manera más sencilla de describirla supondría que la especie se replegara en sus individuos haciéndoles partícipes de los atributos que ella tiene. Es indudable que se ha incrementado la participación de muchos individuos en el consumo de espacio, tiempo y poder, y que de algunos privilegiados de la historia podría decirse que han tenido tanto poder y disfrutado tanto placer como la especie toda en etapas anteriores. Mas aquí se apunta a que la especie comunicara por entero sus atributos a los individuos. Como se dice del alma que está

toda en todas las partes del organismo, que la especie estuviera toda en los individuos. La especie toda en todos. “Todo el mar en cada gota”, utilizando aquí el verso machadiano.

Y este puede ser el momento de comprobar que no apuntaba mal el cristianismo. Nos bastará con dos textos, uno de Santo Tomás y otro de San Pablo. El primero, que está en *Opusc. 57 in festo Corp. Chr. I* dice: “Unigenitus Dei Filius, suae divinitatis volens nos esse participes, naturam nostram assumpsit, ut homines deos faceret factus homo”. Traduce el *Catecismo de la Iglesia Católica* en el párrafo 460: “El Hijo Unigénito de Dios, queriendo hacernos partícipes de su divinidad, asumió nuestra naturaleza para que habiéndose hecho hombre, hiciera dioses a los hombres”.

Efectivamente, de no ser ya “pequeños dioses hechos a imagen de Dios” como defendía metafísicamente Leibniz en el párrafo 5 de su *Sistema nuevo de la naturaleza*, bastaría que Dios hubiera asumido la naturaleza humana o que un hombre completamente bueno hubiera alcanzado los atributos divinos para elevarnos a su esfera.

El texto de San Pablo es el que llevó a Teilhard de Chardin “a considerar y formular de una manera racional” su hipótesis del punto Omega, que da sentido a la Evolución humana que en él converge como en “un *Centro distintivo que irradia en el corazón de un sistema de centros*”. Dios como “Centro de los centros”, que unifica todo “con la unión orgánica en El”. Entonces, decía San Pablo, “no habrá más que Dios, todo en todos”. Y añade Teilhard: “He aquí en verdad una forma superior de “panteísmo” sin huella alguna de confusión ni de aniquilación”, el *En pâsi panta theos*.

Pero, además, con el cristianismo ocurre lo siguiente. Que si la ciencia consiguiera lo que, si fuera sincera, confesaría que busca, el cristianismo ya “lo anticipó”, bien que prometiéndolo para el más allá, pero para todos, incluidos los que ya no estaríamos invitados el día venturoso de la utopía científica, que parece va para largo. Y si la ciencia no fuera a conseguirlo, entretenida en mil sofisticadas minucias, entonces no tiene atribuciones para la exclusiva de la esperanza en un futuro mundano nebuloso, como para motejar a quienes, viendo que el tiempo apremia, se la juegan a una carta y, sin que se siga daño para otros, la depositan en otra instancia. No debe en ningún caso la ciencia intentar amordazar a la religión bien intencionada como en tiempos se le hizo a ella en nombre de ésta.

La magia quería conseguir aquí la dicha que la religión prometía allá. La ciencia ha sido llamada para suplir a la magia y convertirse, con su método lento, en cumplidora de los afanes de aquella. A los hombres de épocas preteritas les parecían verdaderos milagros los logros posteriores de la ciencia. Pero pensarían tal vez que realizan milagros en lo que menos se necesita. Si

en el día utópico diera en la diana retrotrayendo la situación a la edad dorada o a la previa al pecado original, aun el viejo creyente podría hablar de anticipación mitológica y repetir en el nuevo contexto frases como “los últimos serán los primeros”, y “pocos los elegidos” si el milagro no incluyera la resurrección de los muertos, y podría identificar al Verbo divino en el Logos de la ciencia.

Empieza por resultar llamativo que el problema kantiano de la metafísica se pueda transformar hoy en el de los límites de la ciencia. En el problema de determinar ahora hasta dónde puede llegar o no la ciencia en el futuro. De la misma manera que, por ejemplo, en lo referente a la existencia o no existencia de Dios se distinguían en metafísica las dos posturas dogmáticas y extremas del teísmo y el ateísmo y la kantiana del agnoscismo especulativo, que lo convertía en idea reguladora como el ideal trascendente de la razón, así también ahora puede distinguirse entre quienes afirman que la ciencia puede en un futuro previsible *salvar* tecnológicamente a la humanidad, quienes por el contrario lo niegan porque piensan que el *tope* de la ciencia está cercano, y quienes creen en la mera aproximación asintótica al ideal incanzable. Estos últimos harían aquí las veces de los agnósticos kantianos, manteniendo que nunca pasarán del estatuto de “ideas reguladoras”, pero que sí cumplirán ese papel, proyectos como la síntesis de la Vida, vencimiento de la vejez (la “graveza” que decía Manrique) acompañado de inmortalidad terrenal y resolución bioquímica, por ejemplo, de las ciencias matemáticas. Los que creen, en cambio, que están en condiciones de demostrar que la ciencia puede conseguir esos objetivos serían los “teístas científicos”, y quienes, por el contrario, consideran que se trata de ensoñaciones completamente infundadas y que no tardando mucho la ciencia dejará de dar pasos significativos hacia adelante, serían los nuevos “ateos”.

Maximiliano FARTOS MARTINEZ  
*Universidad de Valladolid*